

¿Un nuevo formato de los sistemas de partidos en la Europa del siglo XXI?

Por

Manuel SÁNCHEZ DE DIOS

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Universidad Complutense de Madrid

manuesan@ucm.es

Ponencia para presentar en el GT 2.1 del XIII Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política (AECPA) que tendrá lugar del 20 al 22 de septiembre de 2017 en Santiago de Compostela - España

ABSTRACT:

En este artículo se analiza el cambio que se está produciendo en los sistemas de partidos europeos. Tras repasar la literatura e identificar los aspectos focales que explican tales cambios se consideran las transformaciones de las familias de partidos europeas tanto en el ámbito electoral como ideológico. Se valoran las tendencias que se han dado en los países nórdicos y del centro y el sur de Europa a finales del siglo XX y en el inicio del siglo XXI. Se considera la fortaleza/debilidad de las distintas familias de partidos y los cambios producidos respecto de la fragmentación de los partidos, los niveles de participación y volatilidad electoral, la polarización en el eje izquierda/derecha, así como el desalineamiento/relineamiento del electorado. Se trata de valorar si está evolucionando el formato del sistema de partidos hacia un modelo multipartidista más polarizado en términos de Sartori.

Palabras claves: partidos políticos, sistema de partidos, partidos europeos, partidos españoles, fragmentación, volatilidad electoral, polarización, realineamiento electoral, nuevos partidos

1.- INTRODUCCIÓN

En este artículo nos hacemos la siguiente pregunta: ¿están cambiando los sistemas de partidos europeos? En principio podemos partir de la idea de que sí están cambiando. Las razones para sostener esta hipótesis son varias. En primer lugar, la literatura sobre partidos viene señalando que en Europa están apareciendo nuevos partidos desde la década de 1960 (Gallagher, Laver y Mair, 1995; Mair 1997). Por otro lado, se puede constatar que han aparecido nuevos partidos en el siglo XXI con bastante fuerza, como es el caso del Movimiento de las Cinco Estrellas en Italia, la UKIP en el Reino Unido, Alternativa para Alemania en Alemania o Podemos en España. Por todo ello se puede decir que parece que en el siglo XXI la estabilidad de los sistemas de partidos es algo del pasado (Mair, Muller y Plasser, 2004:8).

La falta de estabilidad de los sistemas de partidos europeos puede deberse a muchas causas, como la crisis de los partidos tradicionales por la aparición de nuevas *issues*, o cuestiones políticas, que no son atendidas por esos partidos y en consecuencia lleva a que los ciudadanos apuesten por nuevos partidos. También pueden deberse a problemas organizativos de los partidos, por crisis de liderazgo, crisis de legitimidad de la clase política, dificultades para adaptarse a las nuevas condiciones tecnológicas que imponen los medios de comunicación en la competición partidista, o falta de adaptación a los nuevos movimientos sociales. En todo caso, la inestabilidad del sistema de partidos puede dificultar la gobernabilidad de los países, llegando a afectar a la dinámica democrática.

Es por ello que, aceptando la propuesta de partida, surgen nuevas preguntas que nos sirven de guía para completar el análisis. En concreto: ¿hay más fragmentación ahora?, si es así, ¿cuál es la tendencia y a qué se debe?, ¿hay des-alineamiento o un re-alineamiento de los sistemas de partidos europeos?, ¿se están polarizando los sistemas de partidos europeos? ¿hay diferencias regionales? ¿hay más fragmentación y polarización de los partidos en los países más afectados por la crisis económica de 2008 ? ¿cuál es la tendencia en el caso español? Todas ellas son cuestiones que tratamos de analizar en este trabajo.

Para ello realizamos, en primer lugar, un repaso de la literatura con el objeto de identificar las explicaciones que se han ido dando respecto de la aparición de nuevos partidos y con relación a los cambios que se están produciendo en los sistemas de partidos europeos. En segundo lugar, realizamos un estudio sobre la evolución de las familias de partidos

Europeos desde la década de 1970 con el fin de identificar las tendencias del cambio. Para ello tomamos en consideración de manera aleatoria los resultados electorales que se han producido en 16 países de Europa occidental en torno al comienzo de cada una de las cuatro últimas décadas, y de las elecciones más recientes en el periodo 2010-16. Quedan excluidos del estudio empírico las elecciones de España, Grecia y Portugal en torno a 1970, ya que no existía aún democracia. Se excluyen los países del Este de Europa porque la transición democrática es reciente y no dibuja adecuadamente la tendencia al hacer el estudio comparado.

Para evaluar los cambios de los sistemas de partidos se consideran diversos indicadores como la militancia, la participación en las elecciones, la volatilidad electoral, el número efectivo de partidos y la polarización ideológica tomando, por un lado, el conjunto de los 16 países y, por otro, agrupándolos regionalmente. Así, distinguimos la tendencia en los países nórdicos de Suecia, Dinamarca, Finlandia y Noruega; en el centro de Europa, la tendencia de Alemania, Austria, Bélgica, Holanda y Suiza; en el sur de Europa, la de España, Francia, Italia, Grecia y Portugal. El Reino Unido e Irlanda se analizan en la tendencia general. Finalmente hacemos una consideración específica de la tendencia seguida por el caso español.

2.- ¿QUÉ EXPLICA LOS CAMBIOS EN LOS SISTEMAS DE PARTIDOS?:

Este trabajo se centra en distinguir las tendencias que se han venido produciendo en la transformación de las familias de partidos y, por tanto, de los sistemas de partidos europeos, pero no de cada sistema de partidos en particular.

Al ser un estudio comparado general sobre Europa occidental, nos interesa conocer sobre todo el cambio del número de partidos así como el nivel de polarización ideológica. Además queremos comprobar si se está produciendo una reducción de la militancia, así como una reducción de la participación con altos niveles de volatilidad electoral, tal como se viene señalando en la literatura actual. Ello está vinculado con la perspectiva del comparativismo clásico, que se orienta hacia analizar los cambios de formato de los sistemas de partidos y ha sido desarrollada por Duverger, Blondel o Sartori, quienes diferencian entre bipartidismo, multipartidismo moderado, multipartidismo polarizado,

etc. Pues, aunque, como señala Mair (2011, 66), el cambio del número de partidos por sí solo signifique poco, la fragmentación y polarización de los sistemas pueden llevar a la larga a un cambio de formato y a determinar la manera en que interaccionan los partidos.

a) La crisis de los partidos y el realineamiento de los votantes

Una perspectiva dominante en la explicación del actual cambio de los sistemas de partidos es la tesis del “declive de los partidos” (Montero y Gunther, 2007:18). Esta tesis se basa en la idea de que los partidos llevan a cabo sus funciones electorales de una manera menos satisfactoria que antes, porque los partidos se han separado de su electorado y otros actores asumen las funciones que han venido desempeñando (Webb, 2002a:2). Tal crisis se pone de manifiesto en la baja militancia en los partidos, en la baja identificación partidista, en el aumento de la abstención cuando los ciudadanos no son capaces de elegir (Mair, Muller y Plasser, 2004:8). Otros efectos de dicha crisis son la fragmentación de los sistemas de partidos y el descrédito de la “clase política”.

Desde nuestro punto de vista, la hipótesis del declive de los partidos sirve sobre todo para identificar los problemas que acosan actualmente a los partidos, pero no parece que tales problemas afecten realmente a la supervivencia de los partidos. A pesar de la imagen negativa que tradicionalmente han tenido los partidos desde su nacimiento, tanto los ciudadanos, los comentaristas académicos e incluso sus principales críticos los han considerado necesarios para la democracia (Bardi, Bartolini y Trechsel, 2014: 152). Como apuntó García-Pelayo (1986) hace años, las democracias actuales tienen un “Estado de partidos”, es decir, los partidos son actores claves en el proceso político. Los partidos tienen unos cometidos muy precisos: son necesarios para intermediar entre los órganos de gobierno y los ciudadanos, reducen los costes de transacción en la negociación política y resuelven los problemas de acción colectiva (Sánchez de Dios, 2012:81). En definitiva, la democracia se basa en la competición de los partidos y estos siguen siendo los actores más importantes de las democracias, necesarios para gobernar los sistemas democráticos (Montero y Gunther, 2007:22, Webb, 2002b: 450, Aldrich, 2012:105).

Ahora bien, siendo cierto que los partidos son absolutamente funcionales para los sistemas democráticos, también es cierto que deben adaptarse a las transformaciones sociales y permitir que se manejen pacíficamente los conflictos sociales. Según Mair,

Muller y Plasser, (2004:265) los cambios de los partidos se deben en la práctica a cambios en la estructura social, en la cultura política y en las técnicas de comunicación política.

El llamado declive (en realidad cambio) de los partidos se debe en buena medida a la pérdida de importancia de los *cleavages* tradicionales por las modificaciones que se han producido en la estructura social, en la que se ha reducido el peso de los trabajadores manuales, los agricultores, etc. Así, el desarrollo de las clases medias y la expansión de los trabajadores de “cuello blanco” ha desactivado en parte el voto de clase (Wren y McIwain, 2007:562). Por otro lado, la modernización de las sociedades ha llevado a un cambio en los estilos de vida con respecto a las creencias religiosas y en relación a las diferencias entre el medio rural y el urbano. Concretamente, las tendencias secularizadoras han reducido el peso del voto religioso.

Pero, si es cierto que ha habido profundas modificaciones en la estructura social europea, también lo es la persistencia de los *cleavages* tradicionales en Europa a lo largo del siglo XX y XXI y la (así llamada) “congelación” de la estructura de los sistemas de partidos europeos desde los años 20 del siglo pasado. Hay diversas razones que explican tal persistencia. Primero, la realidad de la división social, que a pesar de todo se mantiene, y la existencia de grupos que retienen la identidad; segundo, porque sigue existiendo una fuerte movilización en torno tales *cleavages*; en tercer lugar, por la existencia de sistemas electorales proporcionales que operan en la mayoría de los países y permiten la vigencia de *cleavages* menores; finalmente, por la acción de los propios partidos que tratan de “encapsular” a sus electores (Gallaher, Laver y Mair, 1992:215).

Los cambios sociales del siglo XX han afectado a la identificación partidista de los votantes (Miller y Niemi, 2002: 175). De hecho los elevados niveles de educación e información política han llevado a un proceso de “movilización” cognitiva, por el cual los ciudadanos se creen más capaces de tomar decisiones sin ligarse a vínculos tradicionales. En consecuencia se ha producido un declive de la identificación partidista y, subsiguientemente, un aumento del número de votantes libres o disponibles, lo que se refleja en la volatilidad electoral y son el caldo de cultivo para la creación de nuevos partidos. Esto está conectado al desarrollo de la llamada “democracia de audiencia”, distinta de la democracia de *cleavages* y de la democracia de competición basada en las ideologías e *issues*. En ella el votante toma sus decisiones mediante la evaluación de la competencia y ejecutoria de los gobernantes; su voto es de tipo instrumental y de carácter retrospectivo (Thomassen y van Ham, 2014:405)

El debilitamiento de las lealtades hacia los partidos tradicionales tiene que ver también con las nuevas formas de movilización electoral. Los nuevos movimientos sociales y los medios de comunicación de masas (prensa, radio, televisión e internet) han facilitado la aparición de nuevos competidores. La difícil relación entre partidos y los nuevos movimientos sociales se basa en el supuesto de la existencia de dificultades en los partidos tradicionales para adaptarse a nuevas demandas políticas y a la aparición de nuevas *issues* o cuestiones políticas. El desarrollo de los medios de comunicación, en particular de las llamadas “redes sociales” de internet, ha facilitado una mayor interacción directa entre los políticos y los ciudadanos, que reduce el papel mediador de los partidos.

Inglehart (1987) ha puesto de relieve cómo las sociedades occidentales han vivido un proceso de cambio de valores desde la década de 1970, consecuencia de la seguridad económica en que vive la población. Esta ha empezado a preocuparse por otras cuestiones diferentes a las puramente materiales y ahora se interesa por la ecología, la cuestión nuclear, los derechos de las mujeres, la calidad de la vida o la democracia participativa. El desarrollo de la llamada cultura post-materialista ha introducido, así, nuevas cuestiones en la competición partidista que en muchos casos son promovidas por nuevos partidos (o movimientos sociales) y atraen el voto de grupos como los jóvenes, las clases medias o los que tienen formación universitaria que están débilmente vinculados a los *cleavages* tradicionales.

Otro aspecto que puede explicar los cambios de los sistemas de partidos es la crisis del modelo dominante en la postguerra de los partidos *catch-all* (Wolinetz, 1991). Phule (2007:87) señala que los partidos del siglo XXI están cerca de convertirse en agencias profesionales y redes de intermediación política débilmente cohesionadas. Este cambio viene representado por el desarrollo de lo que Katz y Mair (2007:109) han denominado el “partido cartel”. Es un partido controlado por los cargos y dirigentes, cuyo objetivo es la supervivencia y, además, se ha convertido en una agencia estatal que depende de la financiación pública..

El cambio hacia el partido cartel ha acentuado la desaparición de los partidos apoyados en la militancia (partidos de afiliados), ya que los partidos han dejado de ser una fuerza de movilización social. De hecho la principal función que tuvieron los partidos *catch-all* a lo largo del siglo XX fue la de servir como instrumento de integración o encapsulamiento de grupos sociales en el proceso político (Safran, 2009:549).

Por ello, un aspecto importante que tiene que ver con los cambios en los partidos es que la militancia ha ido quedando marginada en la organización de los mismos. Los partidos cartel actuales reclaman el apoyo del electorado en su conjunto más que el apoyo de determinados grupos sociales. Así sus estrategias se orientan más hacia la persuasión electoral que hacia la movilización partidista (van Biezen y Poguntke, 2014:205).

El cambio de los sistemas de partidos comenzó en la década de los 60 y se ha venido analizando como un proceso de “desalineamiento” o independencia creciente de los votantes respecto de los partidos tradicionales. También se ha identificado otro proceso de “realineamiento” para explicar tal cambio (Crotty, 2011, 501).

El alineamiento estable de un sistema de partidos implica un periodo electoral caracterizado por la continuidad de las coaliciones y el equilibrio partidista correspondiente. Es decir, el apoyo a los partidos existentes permanece inalterado durante largo tiempo. Un alineamiento estable supone que la mayor parte de los votantes escogen uno de los partidos existentes y que la volatilidad electoral es baja. Además no aparecen nuevos partidos. Aunque algunos cambien de voto, la mayoría apoyan a los partidos existentes (Carreras, Morgenstern y Su, 2015: 672).

Un periodo de desalienamiento surge cuando se disuelve la vinculación y la lealtad de los electores con los partidos existentes. La mejor señal es la pérdida de identificación de los electores con los partidos y el incremento de los independientes. La baja participación electoral es un indicador del mismo.

El realienamiento requiere que haya un cambio que perdure. Implica una redistribución del apoyo a los partidos. Supone una redefinición de los *cleavages* y se pueden deber a la aparición de una nueva *issue* que no es atendida por los partidos existentes. Una volatilidad electoral alta así como la aparición de nuevos partidos mal organizados son indicadores de ello. El realineamiento implica una fase inicial de volatilidad electoral y otra posterior de reducción de la misma, es decir, supone que el nuevo sistema de partidos no pierde el apoyo y hay un nivel de participación estable (Carreras, Morgenstern y Su, 2015: 674).

El realineamiento puede ser secular o crítico. El primero supone un proceso gradual a lo largo de varias elecciones, el segundo supone un cambio en periodos cortos que modifica el mapa de los partidos de manera permanente. Los cambios más frecuentes son los de tipo secular, aunque también son los más difíciles de identificar. Para que un

realineamiento se pueda denominar de tipo crítico, hay que constatar su persistencia a lo largo de varias elecciones.

b) Cambios en los partidos, los nuevos partidos y los movimientos sociales

Hay que diferenciar entre el cambio de sistema de partidos y el cambio de partido. Los partidos pueden cambiar, pero ello no conlleva un cambio de sistema de partidos; por ejemplo, puede cambiar el grupo dirigente o el programa. Las razones del cambio en los partidos pueden ser sociales, organizacionales o institucionales (Mair, 2011: 69). Como hemos apuntado más arriba, actualmente las estrategias de los partidos de masas ya no son viables y los partidos se enfrentan a los retos del desapego popular a la política convencional y el apoyo al populismo que tiende a desmontar los sistemas de partidos (Mair, Muller y Plasser, 2004:264, Kriesi, 2014:367). La respuesta de los partidos a estos problemas son muy variadas; por ejemplo, el abandono de los nombres que se asocian a una mala gestión, incluso de la palabra partido. También se producen cambios en la organización, se buscan expertos en comunicación, nuevos métodos de selección de los candidatos o una mayor centralización. Como actualmente los partidos se orientan hacia los electores y buscan nuevos grupos de votantes, redefinen incluso sus tradiciones y sus coaliciones, con el objetivo de introducir la novedad, de parecer nuevos.

Los “nuevos” partidos son generalmente producto de cambios en sus atributos, como el nombre, el líder o el programa, y también de su afiliación estructural, o resultado de divisiones internas, uniones a otros grupos y de formación de alianzas electorales. En ocasiones se produce un cambio total del partido, en otras, que es la mayor parte de los casos, un cambio gradual de alguno de estos aspectos (Litton, 2015, 712). El cambio de líder es lo más frecuente en Europa. En Francia y en Italia, que son países con un alto nivel de cambio en los últimos decenios, es corriente la división de un partido o la formación de nuevos partidos mediante la integración de grupos preexistentes.

La aparición de nuevos partidos se ha explicado por el surgimiento de nuevas *issues*, que no son incorporadas en sus programas por los partidos existentes, y en el hecho de que los sistemas electorales proporcionales no los dificultan. Lago y Martínez (2011:7) han destacado la importancia del grado de institucionalización del sistema de partidos. Estos autores sostienen que cuanto más elevado sea el grado de institucionalización, más difícil

es la viabilidad o entrada de nuevos partidos en el sistema. La institucionalización de un sistema de partido desde esta perspectiva se concreta en el grado de identificación y lealtad partidista de los votantes, así como en los fallos del mercado electoral en términos de la insatisfacción de los electores con los partidos existentes. Si la institucionalización es baja aumenta el abstencionismo y/o aparecen nuevos partidos, en muchos casos calificados como fuerzas anti-partido o anti-sistema porque rechazan los partidos existentes.

En la aparición de nuevos partidos en muchos casos juega el efecto “novedad”, que no se fundamenta necesariamente en el cambio social o de valores, ni siquiera de los *cleavages*. La novedad puede ser en sí misma un proyecto viable para un partido (Sikk, 2011:481). Cuando siguen este criterio, los nuevos partidos pueden plantear un proceso de purificación y, aunque tengan dificultades para abrirse un espacio ideológico y en el campo de las políticas, su objetivo es entonces convencer al electorado de que son mejores que los viejos partidos, por ejemplo, en la capacitación e integridad de sus dirigentes.

El cambio en los partidos también se ha producido desde el ámbito estrictamente organizativo. La mayor disposición de financiación pública lleva a los líderes a depender menos de los recursos que aporta la militancia. El desarrollo de las nuevas tecnologías facilita el acceso de los líderes a los medios de comunicación, que pueden interpelar directamente al electorado. Ha habido modificaciones también en la manera de formular las políticas, por el uso del *marketing* y las encuestas de opinión, que dejan de lado las propuestas que vienen de la militancia (Bardi, Bartolini y Trechsel, 2014:153).

En general se observa una americanización de los partidos europeos que afecta a la forma organizativa y la manera de operar de los partidos. En las campañas se pone un mayor énfasis en los candidatos y en la personalización. Se ha producido una mayor centralización y profesionalización de las campañas electorales. Los partidos son más flexibles y están más atentos a las demandas de los electores, dominando la perspectiva del corto plazo. Como consecuencia de estos cambios la política está más profesionalizada y las organizaciones tienen un papel más limitado, pues los partidos recurren a contratar servicios que antes realizaban voluntarios o amateurs. Los partidos tienen una mayor dependencia de los estrategas de campaña, de los consultores, de los expertos en los medios de comunicación y recurren cada vez más a agencias no-políticas y a organizaciones intermedias en la actividad electoral y en el campo de la publicidad, es decir, utilizan empresas privadas que ofertan estos servicios específicos en el mercado.

También recurren a expertos en políticas (profesionales y académicos), por lo que las organizaciones han perdido peso en la formación de los programas (Mair, Muller y Plasser, 2004:267).

El resultado de todo ello es que la política se orienta más hacia la competición entre elites profesionalizadas y menos hacia la movilización e integración de distintos grupos. A medida que el proceso de adaptación al cambio avanza, se debilita el vínculo entre los partidos y la sociedad, cosa que se refleja, una vez más, en volatilidad electoral, el desalineamiento y la pérdida de identificación partidista con reducción de la militancia.

Uno de los aspectos que lleva a la transformación de los sistemas de partidos es el desarrollo de los movimientos sociales y su incorporación a la escena política. Los llamados nuevos movimientos sociales (para diferenciarlos de los viejos movimientos como los sindicatos) en realidad comenzaron su andadura en la década de 1970. Estos son el ecologismo, el feminismo, con el cambio de siglo apareció el movimiento de la “antiglobalización”, y, más recientemente, los ligados a la protesta de los “indignados” (Occupy Wall Street).

El ejemplo más palmario de movimiento social que opera en la escena política ha sido el del movimiento ecologista en las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI. Generalmente el proceso de incorporación de los movimientos en la actividad electoral e institucional pasa por una situación intermedia de “partido-movimiento”. Según Kitschelt (2011:278) es una forma de transición en la que los líderes de los movimientos actuando como “emprendedores políticos” invierten en una infraestructura organizativa de la acción colectiva y en un programa de preferencias colectivas, pasando de centrarse en objetivos simples a identificar objetivos colectivos complejos e interdependientes. En el ámbito de la acción combinan la actividad institucional y la extra-institucional (debaten leyes a la vez que se manifiestan en la calle).

En una segunda fase el movimiento-partido puede dar el salto a la forma completa de partido. Señala Kitschelt (2011:283) que hay diversas razones para ello. Por ejemplo, que la competición electoral por sí misma lleve al cambio, ya que el nuevo actor se debe adaptar a los procedimientos institucionales, abandonando la mera protesta y sustituyéndola por la negociación legislativa. También porque la vida parlamentaria le obliga a enfrentar cuestiones programáticas generales, por ejemplo, al tener que debatir presupuestos generales. Otra razón es que su electorado le lleve a desarrollar un

comportamiento estratégico al formular su programa. El cambio a una estructura típica de partido es especialmente importante en el caso de que acceda al gobierno, pues es difícil mantener vivo el movimiento (de protesta) si no se está en la oposición. La experiencia de los partidos ecologistas que han llegado al gobierno en diversos países europeos, ha sido la de que los partidos han mantenido un bajo número de afiliados y han desarrollado un proceso de decisión de base participativa a veces volcada en recuperar la matriz de movimiento.

c) Fragmentación y polarización de los sistemas de partidos

Una cuestión transcendental en el análisis de los sistemas de partidos es la de la fragmentación, particularmente en los multipartidistas. La fragmentación se puede considerar como el grado en el que el apoyo electoral o la representación parlamentaria está dividida entre varios partidos. También da cuenta del grado en el que el poder político está disperso o concentrado. En este trabajo se determina por el número efectivo de partidos (NEP) existente de acuerdo con el índice elaborado por Laakso y Taagapera.

El sistema electoral es un recurso institucional para controlar la fragmentación, pues es un mecanismo central en la ingeniería institucional (Sartori, 2003). En este sentido es bien conocido el punto de vista de M. Duverger (1981) de que el sistema electoral proporcional produce fragmentación y multipartidismo, mientras que el sistema mayoritario produce bipartidismo y estabilidad. En muchos países con segmentación social se recurre al sistema proporcional para facilitar la integración de todos los grupos sociales y evitar que la exclusión produzca la formación de fuerzas antisistema, es decir, de fuerzas políticas cuyo objeto sea el cambio de un sistema que no les permite participar en el gobierno (Lijphart, 2000:48). Con respecto a esta cuestión es importante destacar el análisis de J.M. Colomer (2003), que comprueba la existencia de una tendencia general hacia el multipartidismo en los sistemas democráticos y, en consecuencia, hacia el establecimiento de sistemas electorales de tipo proporcional, si bien en la realidad en Europa predominan los sistemas mixtos (Gallaher, Laver y Mair, 1995:275)

La fragmentación de los sistemas de partidos tiene importantes efectos sobre la vida política de un país, pues cuanto mayor sea el número de partidos mayor será la complejidad y la complicación para la gobernabilidad del sistema político. Es evidente que cuanto mayor sea el número de partidos, mayores serán los costes de transacción y

las posibilidades de estancamiento de las negociaciones de formación de gobierno y de la toma de decisiones. Un número alto de partidos tiende a limitar las posibilidades de apoyo a las propuestas legislativas del ejecutivo, y el aumento del número de jugadores en una cámara reduce la capacidad de influencia de la cámara como jugador colectivo (Tsebelis, 2006:50).

Otro aspecto muy relevante en los cambios de los sistemas de partidos es el grado de polarización. La polarización según Sartori (1980:161) es “el ámbito general del espectro ideológico de cualquier comunidad política” y se refiere a la distribución de los partidos en la dimensión de la ideología; es, por tanto, la distancia ideológica entre los partidos de un sistema.

La polarización puede afectar a la legitimidad y estabilidad del sistema en el caso de que sea muy elevada, cuando existen partidos anti-sistema. Pero la polarización también es un indicador de la capacidad de evaluación por parte de los individuos de la actividad de los gobernantes desde la perspectiva ideológica y, si es alta, un mayor compromiso de los ciudadanos. Se puede decir que, aunque la elevada polarización suele llevar al conflicto político y a la protesta popular, también permite una mejor diferenciación de los partidos y una representación más perfecta del electorado (Wang, 2014:689)

La polarización determina la naturaleza de la fragmentación y la competición partidista. Según Sartori (1980:172) la fragmentación dificulta el funcionamiento de la democracia si (y solo si) expresa la existencia de polarización, es decir, si se da un sistema de pluralismo polarizado. Este se caracteriza por la existencia de partidos antisistema importantes, de oposiciones bilaterales mutuamente excluyentes que no pueden sumar sus fuerzas, también se promueve la competencia centrifuga, se desarrollan oposiciones irresponsables y surge una política de superoferta o de promesas excesivas típica del populismo. En el caso de que un sistema de partidos está fragmentado con baja polarización, una democracia puede funcionar con estabilidad, pues esto refleja una sociedad segmentada que tiene una cultura política heterogénea. Pero si la competencia es centrifuga en un sistema de partidos fragmentado por la polarización, las coaliciones de gobierno son poco viables. Esto se comprueba al analizar la formación de coaliciones mediante modelos espaciales (Tsebelis, 2006:284). En ellos se puede ver que la promoción o inhabilitación de acuerdos políticos (en la formación de gobiernos) y legislativos (para aprobar las leyes) dependen de la polarización, ya que las mayores distancias ideológicas entre los partidos los dificultan.

La polarización se suele medir teniendo en cuenta las posiciones ideológicas expresadas en el continuum ideológico izquierda-derecha, que ha sido el eje estructurador de la ideología política tradicionalmente y es la base de lo que se conoce como “análisis espacial”. Con él se trata de diferenciar y situar a los partidos en el espacio ideológico y de las políticas. La distinción ha sido criticada de distintas maneras, pues izquierda y derecha son conceptos teóricos que se configuran de una manera específica para cada país. Además hay países como USA, Japón, España o Irlanda donde hay otras dimensiones ideológicas tanto o más influyentes que la escala izquierda –derecha, es decir que la multidimensionalidad está bastante extendida (Jahn: 2010: 760). En todo caso hay que considerar el espacio ideológico izquierda/derecha como un medio para simplificar los conflictos políticos y, para que resulte práctico, se ha de interpretar como una imagen de posición de los partidos, o sea, como una mera ordenación de estos en un espacio de “competencia”, generalmente determinada por la dimensión socioeconómica.

Las formas de considerar la distancia ideológica entre los partidos han sido, por un lado, atender a las percepciones que tiene las elites (miembros del parlamento, académicos, etc) al respecto y, por otro, el análisis del contenido de las plataformas electorales. Para el análisis espacial de las ideologías se han construido diferentes índices (Jahn, 2010:757) como son el *RILE index*, el *Vanilla index*, el índice desarrollado por Franzmann y Kaiser y el de Benoit y Laver (2006). En este trabajo tomamos como referencia el *Manifesto Project* (<https://manifestoproject.wzb.eu/>) que utiliza el *RILE index* y que analiza los programas de cada partido en cada elección mediante análisis de contenido.

3.- LOS PARTIDOS EN LA PERSPECTIVA EUROPEA

Para comprobar si es efectivo el cambio de los sistemas de partidos europeos y conocer cómo les afecta la aparición de nuevos partidos, vamos a realizar a continuación un estudio de tipo estadístico con el que obtener información empírica sobre los distintos indicadores que, según acabamos de señalar, nos pueden dar cuenta de tales modificaciones. Por ello, primero vamos a analizar las transformaciones de las familias de partidos europeas y, seguidamente, los niveles de fragmentación, polarización, volatilidad y participación electoral que hay en los sistemas de partidos.

a) *Las familias de partidos en Europa*

Al entrar en el estudio de los partidos a escala europea una pregunta que surge inmediatamente es la de saber si hay un sistema de partidos europeo. En principio se puede afirmar que los partidos europeos tienen grandes afinidades ideológicas y que, más allá de esto, han desarrollado una estructura organizativa a nivel europeo e incluso internacional. Si bien esta conclusión no permite dar una respuesta taxativa a la pregunta, se pueden hacer unas precisiones aclaratorias al respecto tomando en consideración la idea de las familias de partidos. Más específicamente, hay que tener en cuenta que las familias de partidos se identifican comúnmente por su origen y sociología, por su ideología y políticas, por sus vínculos internacionales y por su nombre (Mudde y Mair, 1998).

En el caso de los partidos europeos, se han identificado sus orígenes y raíces sociales a partir de la teoría de los *cleavages* de Lipset y Rokkan (1967). Concretamente, en el siglo XIX y principios del siglo XX se configuraron en las sociedades europeas los principales partidos que representaban a los grupos sociales en relación con cada *cleavage*. Las revoluciones nacionales alumbraron los partidos liberales, que eran partidarios del constitucionalismo, la secularización y el abandono del antiguo régimen. El *cleavage* Iglesia-Estado dio lugar a la división entre partidos de tradición cristiana y los partidos seculares, principalmente de tipo liberal. Con la revolución industrial apareció el *cleavage* de la clase social, que impactó en los sistemas de partidos mediante el establecimiento de la división entre partidos socialistas y no-socialistas. Otros dos *cleavages* determinantes de los sistemas de partidos europeos han sido el rural-urbano, que dio lugar a la aparición de partidos agrarios, y el centro-periferia, que dio lugar a la aparición de los partidos regionalistas y nacionalistas. Recientemente la aparición de los verdes (ecologistas) se considera expresión o manifestación de una nueva línea de conflicto relevante en la sociedad europea (Von Beyme, 1986:179). Esto es debido a cambios en la orientación de los valores de los jóvenes y de la población mejor educada, que se puede considerar como una consecuencia de lo que Inglehart (1987) llama el *cleavage* post-materialista.

Los sistemas de partidos se configuran de manera específica y diferenciada en cada país; sin embargo, en Europa se puede detectar fácilmente la existencia de unas familias de

partidos bien definidas en función de los *cleavages* señalados (Von Beyme, 1986: 35 y ss; Gallagher, Laver, y Mair 1995:181 y ss.; Sánchez de Dios, 2012: 159; Ennser, 2012: 158). Son las siguientes: conservadores, socialdemócratas, demócrata-cristianos, extrema (o nueva) izquierda -comunistas, liberales, extrema derecha, verdes, agrarios y regionalistas/nacionalistas. También existen otros partidos difíciles de clasificar.

De manera mas precisa Caramani (2011:808) ha encontrado que los partidos socialistas están presentes en todos los países europeos desde la década de 1970 con un partido permanente, no esporádico. Los liberales y conservadores también están muy presentes con rangos entre el 60 y el 80 por ciento de ocasiones (es decir, teniendo en cuenta las diferentes legislaturas de cada país). También son partidos que existen en la mayor parte de los países europeos los comunistas, con un rango entre el 48 y el 71 por ciento de los casos, los verdes entre el 0 y el 62 por ciento de los casos y la extrema derecha entre el 24 y el 62 por ciento de los casos. La presencia de los dos últimos se ha desarrollado sobre todo en las últimas décadas. Como resultado de este análisis también se obtiene el dato de que las familias de partidos que existen en más de la mitad de los países europeos se sitúan en la dimensión izquierda-derecha, como son: socialistas, conservadores, liberales y comunistas, a los que se han unido recientemente los verdes y la extrema derecha. Lógicamente, el apoyo electoral que obtiene cada grupo no es el mismo en cada país. Las citadas fuerzas son los partidos que se pueden considerar familias europeizadas, no así los partidos religiosos, agrarios y etno-nacionalistas, pues no están presentes en la mayor parte de países (Caramani (2011:812). En definitiva, del estudio de este autor resulta la conclusión de que el sistema de partidos europeo en su mayor parte se estructura en torno a la escala izquierda-derecha y está europeizado.

Por lo que respecta al ámbito ideológico, que es el que genera las afinidades entre partidos de los distintos países, solo hay dificultades para la identificación y la configuración de los liberales. Vinculados a esta ideología hay conservadores y radicales; además, los partidos agrarios, que existen principalmente en los países nórdicos, podrían considerarse parte del grupo liberal. Como consecuencia de la europeización de los partidos se ha encontrado coherencia ideológica en el ámbito de la democracia-cristiana, los regionalistas y los verdes. Al respecto es relevante el estudio basado en encuestas a expertos de Benoit y Laver en 2006 sobre las políticas concretas de los partidos en cada país, en el que se considera el grado de heterogeneidad entre las posiciones de los grupos de cada familia. La conclusión que se obtiene al considerar el conjunto de las políticas es

que los partidos de centro derecha y de extrema derecha son más heterogéneos en sus posiciones que los partidos de izquierda, verdes y socialdemócratas, pero más homogéneos que los liberales (Ennsner, 2012: 160).

Mediante un análisis de “clústers” Ennsner (2012: 162) ha comprobado que los liberales se diferencian de forma clara de la extrema derecha porque tienen posiciones bien definidas en relación con la inmigración y la política social. Por el contrario, los partidos de centro derecha tienen proximidad ideológica con la extrema derecha en las políticas que tienen que ver con el conservadurismo social y las propuestas pro mercado. Este autor explica también que los grupos conservador y demócrata-cristiano están muy cohesionados y que el grupo que forma la extrema derecha queda claramente diferenciado de estos por falta de cohesión ideológica.

Con respecto a la existencia de vínculos internacionales, se puede decir que la formación de los grupos en el Parlamento Europeo ha sido y es un factor de gran trascendencia para la configuración de partidos europeos articulados como federaciones transnacionales, sobre todo a partir de la década de 1990 (Hix, 2002:281). La realidad es que, mientras los partidos socialdemócratas, liberales, conservadores/demócrata cristianos y verdes han conseguido la formación de los llamados “eurogrupos” de naturaleza estable; no ha ocurrido lo mismo con otros grupos, en particular la extrema derecha (Ennsner, 2012: 155).

Por último, si nos fijamos en la cuestión de la manera en que se nombra actualmente a los partidos, el asunto se complica. Aunque la denominación de socialistas, demócrata-cristianos, liberales o conservadores no se rechaza en los distintos países europeos, sin embargo hay una tendencia, que se manifiesta sobre todo en los nuevos partidos de extrema derecha, extrema izquierda y verdes, a rechazar incluso la denominación de partido. Estos partidos tienden a utilizar el nombre de bloque, liga, lista, alianza, movimiento, etc., con lo que se resalta la novedad de la fuerza política a la vez que se desdibuja en muchos casos su perfil ideológico.

Considerando los datos que ofrecen las elecciones en 16 países de la Europa occidental, en el gráfico nº 1 se pueden observar en términos estadísticos las transformaciones que han sufrido las familias de partidos en Europa a lo largo de cinco lustros. Para hacer los cálculos y obtener los resultados se ha tenido en cuenta el porcentaje de apoyo electoral en promedio que llegan a alcanzar los partidos en los países en que estos aparecen con representación parlamentaria.

Lo primero que cabe destacar de estos datos es el peso y la permanencia en el tiempo de dos fuerzas políticas: una es la de los partidos conservadores y demócrata-cristianos, que conjuntamente obtienen en torno al 32 % del voto en las últimas elecciones; la otra la forman los partidos socialistas o socialdemócratas, que obtienen en torno al 27 % del voto en las mismas fechas. Esta información viene a constatar que, efectivamente, hay un nivel importante de “congelación” de los *cleavages* tradicionales en Europa y, por ello, un alto nivel de institucionalización de los sistemas de partido, ya que estas fuerzas siguen siendo la pieza clave de la gobernabilidad.

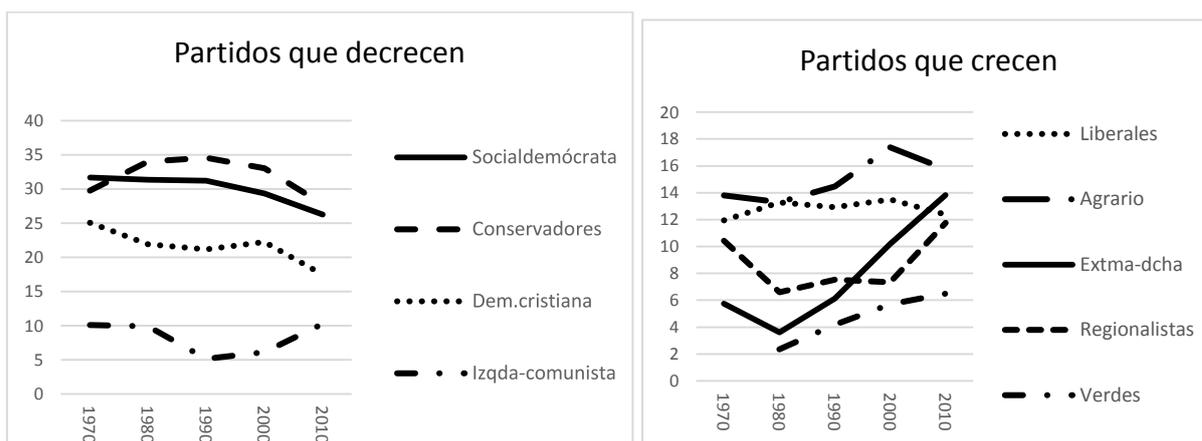
En segundo lugar, los datos también dan cuenta de la emergencia de partidos ecologistas o verdes a partir de la década de 1980. En este caso se constata el realineamiento de parte del electorado que, en torno al 6%, ha llevado a cabo una reorientación de su foco de interés hacia nuevas cuestiones conectadas con la cultura post-materialista. También se comprueba el proceso de transformación de movimientos sociales en partidos que se está produciendo en algunas sociedades europeas.

En tercer lugar, se puede observar que la pérdida de fuerza de los partidos socialistas, conservadores, democracia-cristiana y comunistas a lo largo del tiempo revierte en un fortalecimiento de la extrema derecha, regionalistas y ecologistas a partir del cambio de siglo. Los partidos de extrema derecha han crecido con fuerza, pues han pasado de tener el 3,6% del voto en las elecciones en torno a 1980, a obtener el 14% del voto en las elecciones más recientes; además, estos partidos han crecido en implantación, pues consiguen representación en 11 de los 16 países en el periodo posterior a 2011, mientras que en los años 80 solo tenían representación electoral relevante en 5 países. El grupo de partidos comunistas más los de extrema izquierda o de nueva izquierda han tenido un proceso de pérdida de apoyo electoral a lo largo de los cinco decenios; sin embargo, en la última etapa han recuperado apoyo electoral, en particular en los países que han sufrido más los efectos de la crisis económica: Irlanda, España, Grecia y Portugal. Su crecimiento es mucho más modesto en Dinamarca y Holanda.

Hay por ello una reorganización de los bloques de izquierda y derecha. En la izquierda la crisis de los socialistas revierte en el desarrollo de verdes, comunistas y la nueva izquierda, que conllevan nuevos lineamientos de los votantes. Se puede decir que hay un realienamiento en la izquierda, por la crisis que está pasando la socialdemocracia, y por el reforzamiento reciente de la extrema izquierda y verdes. Lo mismo ocurre entre conservadores/demócrata-cristianos, liberales y extrema derecha. Este bloque tiene un

realineamiento significativo por el progresivo reforzamiento de los grupos liberales (partido liberal y partidos agrarios) y de la extrema derecha a lo largo de estos decenios.

Gráfico 1: Evolución electoral de los partidos europeos (en % de voto)



Fuente: elaboración propia

b) Militancia, participación y volatilidad electoral

La militancia en los partidos se ha venido reduciendo con el tiempo, como ponen de manifiesto diversos estudios, pues los partidos tienen dificultades para integrar nuevos miembros. Si el número de electores que militaban en un partido estaba en torno al 15% en la década de 1960, en la década de 1980 ha pasado al 10% y con el cambio de siglo ronda el 5% (van Biezen y Poguntke, 2014:206). Aunque esta es la tendencia general, no todos los países se han comportado de la misma forma, lo que se explica por la política doméstica. Por ejemplo, Alemania tiene altos niveles de militancia debido a que los subsidios estatales a los partidos se vinculan a la capacidad de generación de recursos por los propios miembros de los partidos, lo que sirve de incentivo para incrementar y mantener la militancia.

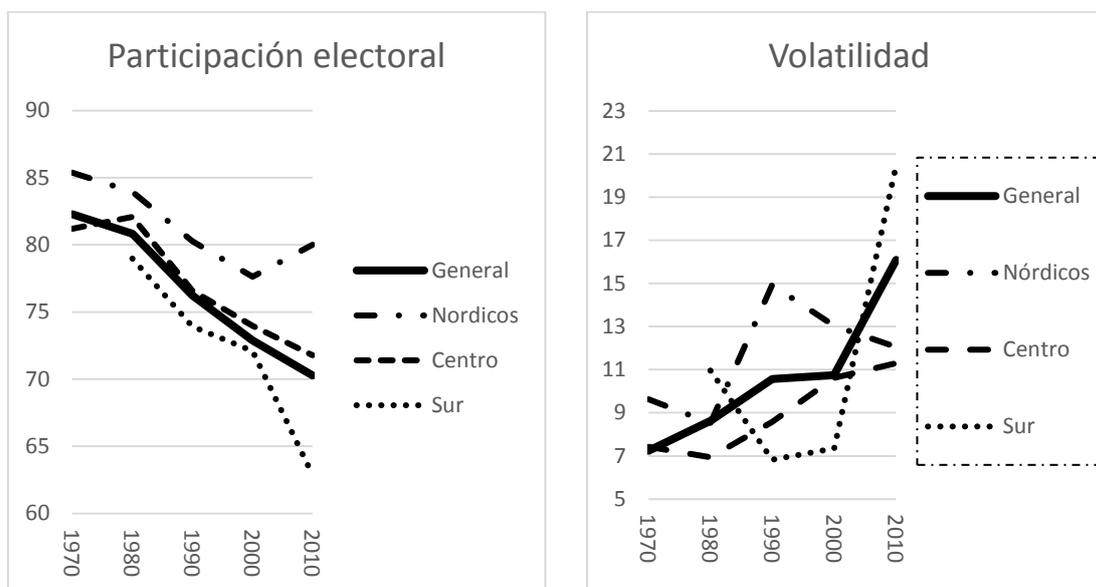
Van Biezen y Poguntke (2014:207) han comprobado que el declive de la militancia en las últimas tres décadas ha sido mayor en los países que tenían un alto nivel de militancia

como Austria y Noruega (han perdido más del 10%) que en países como Alemania y Holanda donde el nivel de militancia tradicionalmente ha sido más modesto. El único país que contradice la tendencia es España, que ha tenido un crecimiento progresivo de la militancia en los partidos desde la transición. La creación de nuevos partidos y la reconfiguración de los antiguos no han detenido la tendencia descendente. Además de los citados cambios, también se ha producido una erosión, tanto en los partidos de izquierda como de derecha, de los tradicionales lazos con las organizaciones sociales como sindicatos e iglesias, aunque hay que decir que estas asociaciones tienen los mismos problemas que los partidos políticos para reclutar nuevos afiliados. De hecho se han transformado en actores simbólicos y han dejado de ser en gran medida fuerzas movilizadoras.

Utilizando datos de Gallaher, Laver y Mair (1992:247) y de Van Beizen (2014:209) para ver la evolución de la militancia en los partidos europeos, se puede constatar que el grupo de países nórdicos es el que ha tenido una caída de la militancia más acusada, pasando de un 16,2% de votantes afiliados a los partidos en la década de 1970 al 5,2% en 2008, mientras que los países de centro Europa han pasado del 14,4% al 6,4% en la misma época. Por su parte los países del sur de Europa han pasado del 5,4% al 4,3%, dándose la paradoja del crecimiento de la militancia en España y Grecia.

Respecto de la militancia en cada familia de partidos, Poguntke et al. (2016:668) han encontrado que en torno a 2011-13 los partidos conservadores y demócrata cristianos son los que tienen un mayor número de militantes con el 0.91% del electorado, seguidos por los socialdemócratas con el 0.75, la extrema derecha con el 0.36, los liberales con el 0.35, la izquierda socialista con el 0.28 y los verdes con los 0.11. Los datos confirman la rápida transformación de los partidos europeos tradicionales, en especial en los países nórdicos, que han dejado de ser partidos de masas basados en la militancia y están perdiendo también el carácter de partido *catch all* que trata de encapsular al electorado a través de los grupos de interés (sindicatos). Como la militancia pierde relevancia, los partidos tradicionales se orientan sobre todo por la pura movilización electoral, es decir, se han convertido en partidos de votantes controlados desde la dirección, o sea, en partidos cartel.

Gráfico 2: Participación y volatilidad electoral en Europa (en % de voto)



Fuente: Elaboración propia

En el gráfico número 2 tenemos datos relativos a la participación y a la volatilidad electoral agregados por grupos de países. En ambos casos se tiene en cuenta la media (línea general) para los 16 países considerados en este trabajo en las elecciones que nos sirven de referencia. De los datos se obtiene que ha habido una progresiva reducción de la participación electoral en el conjunto de los países con una caída de 12 puntos, pasando del 82% al 70% en promedio entre las elecciones de 1970 y las más recientes. Desagregando los datos se observan diferencias en relación con los países nórdicos, en los que se ha dado un cambio de tendencia en el segundo decenio del siglo XXI, cuando ha empezado a crecer de nuevo la participación, mientras que en los países de sur de Europa se ha agudizado la tendencia a la caída de la participación electoral justamente con el cambio de siglo. España es el único país del grupo que mantiene un nivel de estabilidad en torno al 70% de participación en elecciones generales.

La caída de la participación, o el aumento del abstencionismo es una manifestación del desinterés por la política, incluso del descrédito de la política o de pérdida de legitimidad (Keman, 2014:313), también del hecho de que en las elecciones no se decidan cuestiones muy trascendentes (Franklin, 2002:164) y puede vincularse, por tanto, a un proceso de desalienamiento. Este es el principal argumento para defender la hipótesis del declive o crisis de los partidos, debido a que los ciudadanos no son capaces de elegir entre las ofertas electorales porque falta la diferenciación ideológica (Webb 2002b:441). Es

significativo que la tendencia de los países del Sur de Europa, que es similar en los países más afectados por la crisis de 2008, sea llamativamente descendente, lo que puede significar un problema de legitimidad de los partidos tradicionales, es decir, un fenómeno de desalienamiento. En el caso de los nórdicos la recuperación en el último lustro refleja el proceso de realineamiento.

En el gráfico número 2 también se introducen datos de la volatilidad electoral ponderada o cambio en el comportamiento entre elecciones, medida a través del índice de Pedersen que sigue la fórmula $VT = \frac{(a1-a2)+(b1-b2)+\dots+(n1-n2)}{2}$, siendo $a1$ el % de voto del partido a en las últimas elecciones y $a2$ el de las elecciones previas. Esta tiene en cuenta los cambios de apoyo electoral de cada partido en cada una de las elecciones consideradas. Como se puede ver, la volatilidad general referida al conjunto de los 16 países ha tenido un proceso de incremento a lo largo de estas décadas, pasando de un 7% en 1970 a 16% en la década de 2010. Esta ha sido más acentuada en los países del sur, donde se ha duplicado (del 10% en 1980 al 20% en 2010) y menor en los países nórdicos, donde hay una reducción del 15% al 12% en el siglo XXI.

La volatilidad electoral expresa el cambio de los sistemas de partidos en los términos generales en que los venimos analizando, es decir, la desafección por los partidos tradicionales de una buena parte del electorado (16% en las últimas elecciones). El crecimiento de la volatilidad refleja el desarrollo de los partidos cartel y se debe a una expansión del voto libre que produce en la ciudadanía la pérdida de los lineamientos partidistas tradicionales. En algunos casos también es el reflejo de la aparición de nuevos partidos sobre la base de nuevas *issues* (que pueden ser una reconversión de antiguas), como ya ha sido apuntado en diferentes ocasiones (Miller y Niemi, 2002:178). Esto último queda especialmente reflejado en el hecho del llamativo crecimiento de la volatilidad en los países del Sur de Europa, donde nuevas fuerzas políticas vinculadas a movimiento de protesta han adquirido en este último periodo gran apoyo electoral (Syriza en Grecia, Movimiento de las Cinco Estrellas en Italia, Podemos en España). La conjunción de la caída de la participación con el incremento de la volatilidad pone de manifiesto claramente un declive de los partidos tradicionales. Esto implica que, para mantenerse como partidos de gobierno y aproximarse a un electorado más exigente, los partidos tradicionales deben llevar a cabo cambios programáticos en relación con las nuevas *issues* y adquirir mayor flexibilidad organizativa de acuerdo con las nuevas tendencias apuntadas.

b) Fragmentación y polarización de los partidos europeos

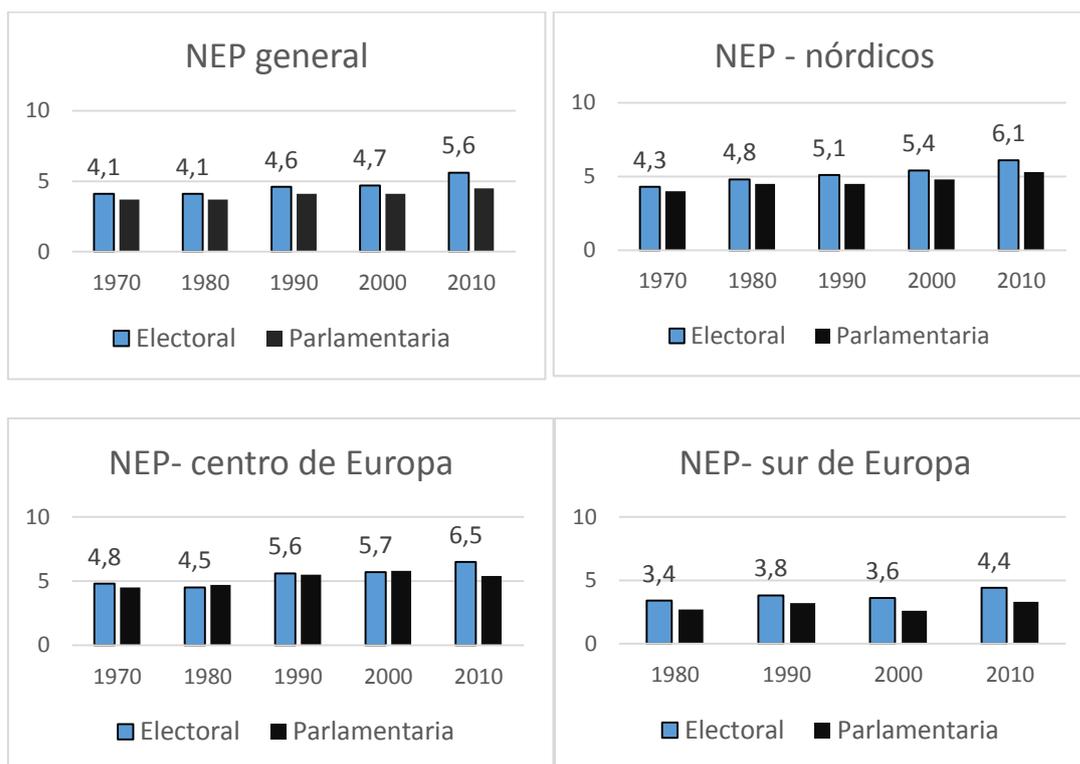
Para medir la fragmentación, en este trabajo consideramos el número efectivo de partidos (NEP) que ha competido en las elecciones y el NEP parlamentario, que se refiere al número de partidos con escaño, ponderando su fuerza parlamentaria.

De los datos del gráfico nº 3 se desprende que la fragmentación general en el conjunto de los países se ha ido incrementando a lo largo de los nueve lustros con una aceleración en el último periodo considerado, pasando la NEP electoral de 4,1 en las elecciones del periodo de 1970 a 5,6 en las del periodo actual. Cuando desagregamos los datos por grupos de forma regional, vemos que en todos los casos se produce un incremento del NEP electoral. El incremento ha sido paulatino y sostenido para los países nórdicos, donde pasa de 4,3 a 6,1, aunque este tipo de crecimiento homogéneo solo se ha dado en Suecia. También en el centro de Europa se observa un crecimiento sostenido del NEP electoral desde 1980, si bien solo es un crecimiento de este tipo en Alemania, Austria y Bélgica. Finalmente, con respecto a los países del Sur de Europa, cabe señalar la existencia de subidas y bajadas en el NEP a lo largo del periodo. Esta es una situación que se constata en todos los países del grupo. Destaca el gran aumento del NEP en el último lustro en Grecia y España que pasan de un NEP en torno a 3 en el cambio de siglo a un NEP por encima de 5 actualmente.

En los sistemas de partidos europeos, que mayoritariamente tienen sistemas electorales proporcionales (aunque con ciertos mecanismos de corrección de la proporcionalidad), se han desarrollado sistemas multipartidistas en los que la fragmentación se ha ido acentuando con el tiempo. Es decir, el sistema electoral proporcional ha facilitado la constante entrada de nuevos partidos. Pero también en el caso del Reino Unido, que es el paradigma en Europa del sistema mayoritario, ha ocurrido el incremento, de acuerdo a la tendencia apuntada más arriba señalada por Colomer (2003). Aquí se ha pasado de un NEP electoral del 2,4 en 1970 al 3,9 en 2015. En nuestra opinión el aumento general de la fragmentación refleja el proceso de transformación de los sistemas de partidos en los que se expresan cada vez más diversidad de intereses; esto parece ser claramente expresivo del proceso de realineamiento por una ampliación de la representación de las fuerzas políticas y de la reducción del encapsulamiento de los electores en los partidos

catch-all. Ello está conectado, lógicamente, con una mayor volatilidad, que permite la aparición de los nuevos partidos.

Gráfico 3: Fragmentación de los partidos europeos según el Número Efectivo de Partidos



Fuente: Elaboración propia

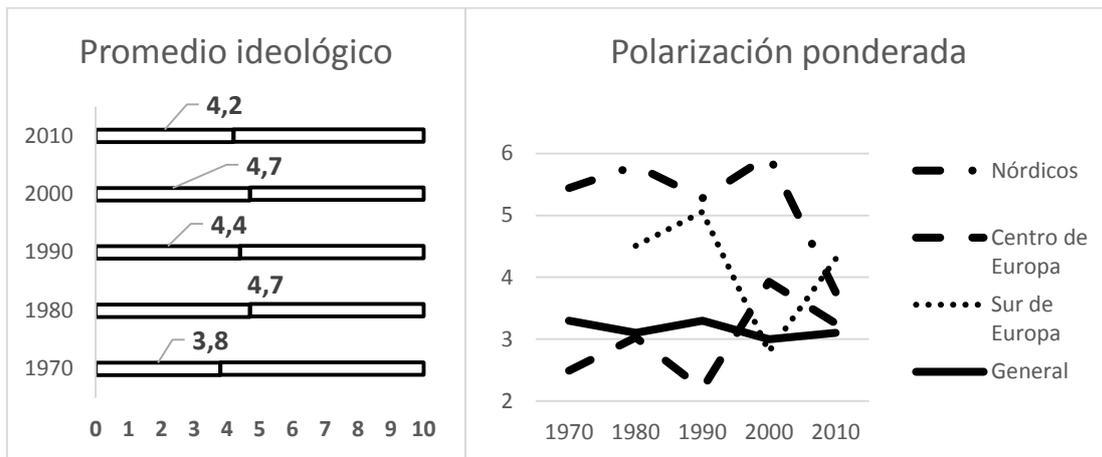
El NEP parlamentario sigue la tendencia del electoral, aunque lógicamente con valores menores. El NEP parlamentario ha pasado de 3,7 en 1970 y 1980 a 4,1 en 1990 y 2000 a 4,5 en 2010. Al ser los gobiernos europeos de origen parlamentario, el crecimiento del NEP parlamentario significa que se han incrementado los problemas de gobernabilidad porque se dificulta la formación de gobierno. Se tienden a formar cada vez más gobiernos de coalición (por bloques) o investir gobiernos minoritarios. Estos datos muestran que se ha acentuado la tendencia identificada por Gallagher, Laver y Mair (1995) a finales del siglo XX hacia la reducción del número de gobiernos mayoritarios, que en esta época ya suponían solo el 11% de los gobiernos europeos.

Para estudiar la polarización de los sistemas de partidos europeos en este trabajo recurrimos a la información que provee el *Manifesto Project*, aunque hay que señalar que

esta no recoge todas las elecciones posteriores a 2013, por lo que los datos del periodo de 2010 se refieren a los programas de partidos de las últimas elecciones celebradas antes de esa fecha (si se recogen los datos de las elecciones de 2015 en Grecia y España). Primero consideramos el indicador del “promedio ideológico”, que se refiere a la distancia de la ubicación ideológica de los dos partidos más extremos de un sistema en la escala de 0 a 10, siendo 0 la extrema izquierda y 10 la extrema derecha. En segundo lugar consideramos la “polarización ponderada” que incluye dos elementos: (1) la posición relativa de cada partido en la escala izquierda –derecha y (2) la importancia del partido a partir de su tamaño en términos parlamentarios (Wang, 2014:690). Al ponderar la polarización teniendo en cuenta el peso de cada partido tras las elecciones, podemos analizar adecuadamente el nivel de polarización y evitar la distorsión que produce la existencia de pequeños partidos en los extremos. Para construir los indicadores tenemos en cuenta, de un lado, la caracterización del programa presentado a las elecciones que hace el *Manifesto Project* adaptando la cuantificación de MARPOR a la escala señalada y, de otro, los resultados de las elecciones en % de voto de los partidos parlamentarios.

En el gráfico nº 4 identificamos el promedio ideológico como la posición en la escala izquierda-derecha que en promedio tienen los partidos con apoyo electoral significativo, es decir, los que obtienen escaños en el conjunto de las elecciones analizadas. Con este indicador, por tanto, podemos conocer en qué lugar se ha situado el debate entre los partidos en las respectivas elecciones. Como se puede observar en el gráfico, la confrontación electoral se ha situado en una posición de centro con ligera tendencia a la izquierda (4,7) en los periodos electorales de 1980 y 2000. La confrontación ideológica ha estado más orientada hacia la izquierda en el resto de las ocasiones, siendo la década de 1970 en la que más a la izquierda se ha situado (3.8). También se ha dado una reorientación en el debate hacia la izquierda en las elecciones en torno a 2010-2015. En los países del Sur de Europa es donde la polarización media en las elecciones del último periodo ha alcanzado valores más bajos del 3,9, llegando a valores inferiores a 3 en Francia y España.

Gráfico 4: Polarización política en Europa occidental



Fuente: elaboración propia a partir de la información del *Manifesto Project*

La reducción que hacemos del debate electoral a través del análisis del espacio de competencia izquierda/derecha y que se determina principalmente por la dimensión socioeconómica, pone de relieve en este caso que se ha producido una evolución sin tendencia, aunque hace evidente que la política europea se caracteriza por su orientación hacia el centro-izquierda. Es decir, en la competición partidista hay un cierto consenso social-liberal y no se cuestiona la aceptación de la intervención económica limitada del Estado, el apoyo a las políticas sociales, el reformismo social, etc. que ha venido determinando las políticas económica y social europeas posterior a la Segunda Guerra Mundial, que se concreta actualmente en lo que Ferrera (2014:431) llama la nueva síntesis ideológica del “neo-welfarismo liberal”. Hay, por ello, una competencia centrípeta en los sistemas de partidos. Esto también puede suponer una cierta dificultad para que el electorado pueda realizar una diferenciación más perfecta de los partidos, cosa a la que se suele aludir en la hipótesis de la crisis actual de los partidos y que se refleja en el abstencionismo y el desalineamiento. De los datos sobre el promedio ideológico podemos concluir que la revolución liberal de la década de 1980 se ha dejado sentir, pero de manera limitada, al re-direccionar el debate hasta el cambio de siglo hacia posiciones ideológicas de centro.

Las curvas del gráfico nº4 nos indican el nivel de “polarización ponderada” alcanzado en cada periodo electoral o, dicho en otros términos, el grado de rivalidad y competición programática existente en cada momento. Se puede observar que, en términos generales,

la polarización ponderada de los sistemas de partidos europeos en conjunto (línea general) no ha sido muy elevada, situándose en un rango entre 3 y 3,3 puntos sobre 10. Ha sido más alta en las elecciones en torno al año 1970 y menor en las que se celebraron con el cambio de siglo. La polarización ha sido más elevada en los países nórdicos, en los que se ha situado entre 5 y 6 puntos en los periodos electorales entre 1970 y 2000, bajando dos puntos en las elecciones más recientes. Entre los países nórdicos Dinamarca es el país con niveles de polarización más alta. Los países del centro de Europa tienen niveles de polarización más baja que la media. Los países del sur de Europa han tenido una polarización próxima a los 5 puntos, salvo en las elecciones que se celebraron en el cambio de siglo, en que ha bajado. Hay que destacar que el país con menor polarización es Irlanda, que en las elecciones de las cuatro últimas décadas no llega al punto porcentual. En el Reino Unido la polarización fue elevada en las elecciones celebradas en 1983 y 1992, y muy baja en las demás ocasiones. Es destacable, por último, que en el gráfico se ve una confluencia en los niveles de polarización en las elecciones más recientes por parte de todos los países.

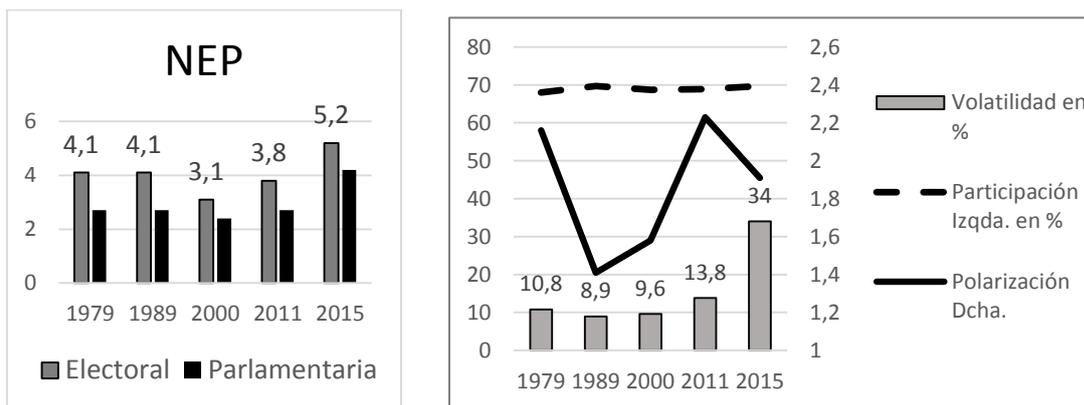
El hecho de no darse una polarización elevada pone de manifiesto que la intensidad del debate ideológico en Europa no es grande, que está orientado por cuestiones concretas, y que es aún menor en los países del centro de Europa que en el resto. Pone también de manifiesto que no está en juego la legitimidad de los sistemas políticos europeos y que los ciudadanos han desarrollado un proceso evaluativo medio de las políticas y programas de los partidos, lo que se corresponde por un lado con el consenso de centro-izquierda ya señalado y, por otro, con que la volatilidad electoral no supera valores del 16% del electorado. También significa que el conflicto y la protesta social tienen un alcance moderado, y es acorde con el buen nivel de bienestar alcanzado por la vía de la política social. Desde la perspectiva de la competición partidista, estos niveles de polarización nos llevan a afirmar la existencia de un pluralismo moderado, es decir, no polarizado, en los sistemas de partidos europeos.

D).- El caso de España

Por último, cabe hacer una consideración del caso español en la perspectiva comparada. Es un caso incluido entre el grupo de países del Sur de Europa, que además ha sido

afectado de manera especial por la crisis económica de 2008 con caída del PIB, empobrecimiento de clases medias e incremento de los niveles de desigualdad. Para esta consideración tenemos en cuenta un periodo de siete lustros incluidas las dos últimas elecciones de 2011 y 2015.

Gráfico 5: NEP, volatilidad, participación y polarización en España



Fuente: Elaboración propia

El caso español, lógicamente, sigue el modelo del sur de Europa en cuanto a la evolución de la NEP, si bien con la diferencia de que se produce una reducción del número de partidos en el cambio de siglo y se acentúa la fragmentación en 2015, en que llega a 5,2. La NEP parlamentaria ha sido estable en la cifra de 2,7 en 1979, 1989 y 2011, ha bajado a 2,4 en 2000, pero desde entonces ha tenido un proceso ascendente que lleva a 4,2 en 2015. Esto significa que el sistema electoral proporcional con distritos pequeños y umbral de entrada ha servido para mantener una fragmentación baja desde la transición, pero no ha impedido el acceso de nuevos partidos al sistema. Incluso ha permitido llegar a una fragmentación elevada. También ha facilitado la existencia de gobiernos estables mayoritarios y minoritarios (con apoyo parlamentario), con alternancia entre dos grandes fuerzas, populares y socialistas, hasta las elecciones de 2015. Ahora bien la mayor fragmentación dificulta la formación de coaliciones de gobierno, como se ha visto tras las elecciones de 2015 (Simón, 2017).

La participación electoral también ha sido muy estable en el periodo, con un rango entre 69 y 70 por ciento desde 1989; es de las más estables de Europa, lo que demuestra que la política goza de legitimidad e interés entre los españoles (Keman, 2014:313). Lo más llamativo es la evolución de la volatilidad, que ha sido bastante estable hasta el cambio

de siglo. Sin embargo, el porcentaje de votantes que cambia de partido se ha acentuado mucho en las dos últimas elecciones -en particular en 2015 en que alcanza el 34%-, como efecto probable de las consecuencias de la crisis económica de 2008. De esta manera España entra en la tendencia general europea en la que era considerada hasta ahora como una excepción (Webb, 2002b:440). Lógicamente el incremento de la volatilidad está estrechamente relacionado con la aparición de nuevos partidos, el liberal, Ciudadanos, y el de nueva izquierda, Podemos. Por último, la polarización ponderada no ha sido muy marcada en el periodo analizado, se mueve en un rango entre el 1,4 en las elecciones de 1989 y el 2,2 en las elecciones de 2011, muy lejos, por ejemplo, de la polarización que se suele dar en los países nórdicos que es próxima al 6. Consecuentemente no se puede decir que el multipartidismo que aparece en 2015 sea de tipo polarizado de acuerdo con la terminología de Sartori.

En suma, la situación del sistema de partidos español actualmente se caracteriza por un incremento de la fragmentación debida a una agudización en la volatilidad electoral, y porque el acceso de nuevos partidos al sistema ha llevado a un aumento limitado de la polarización. Esto último se manifiesta en el hecho de la aparición de un nuevo partido procedente de un movimiento social de protesta. Es destacable la incorporación de un partido de corte liberal al sistema general, en la misma tendencia de los demás países europeos. La fragmentación se debe a la aparición de nuevas *issues*, entre ellas la de profundizar en las políticas redistributivas, siendo un aspecto relevante el trasvase de votos intrabloque, en particular en el de izquierda. La alta volatilidad con un nivel de participación estable nos permite identificar un proceso inicial de realienamiento, pero al ser el incremento del número de partidos reciente y de una sola legislatura, no se puede suponer que haya habido en 2015 un “relineamiento crítico” del sistema de partidos, sobre todo considerando que los partidos tradicionales alcanzan en torno al 50% del voto, y que tras las elecciones de 2016 no se ha alterado sustancialmente la forma de gobierno de partido ni se ha producido un nuevo modelo de alternancia. El pluralismo del sistema sigue siendo moderado.

4.- CONCLUSIONES:

En el estudio se comprueba la existencia de cambios en los sistemas de partidos europeos que se traducen en un cambio en la estructura general de las familias de partidos. Se hace evidente la pérdida de fuerza desde el siglo XX de las familias tradicionales de partidos conservadores y demócrata-cristianos y algo más acentuada de los partidos socialdemócratas, aunque hay que tener en cuenta que el conjunto de estas fuerzas siguen contando con más del 50% de la representación electoral y parlamentaria. Esto supone que la tesis de la congelación de los *cleavages* tradicionales sigue teniendo validez en la actualidad y que el sistema está institucionalizado.

Hay un grado moderado de desalineamiento causado por el incremento de la fragmentación de los sistemas de partidos y de la volatilidad. Al tiempo se está produciendo un realineamiento al interior de los bloques de partidos por el incremento de apoyo que tienen, sobre todo los liberales y la extrema derecha. La tendencia en las sociedades europeas es el reforzamiento de los partidos liberales, sobre todo de los que defienden postulados conectados con los planteamientos de extrema derecha. En la práctica es difícil a veces hacer diferencias programáticas entre ellos. Entre sus propuestas hay similitudes en lo relativo a la defensa del mercado y el rechazo de la emigración. El crecimiento de los partidos verdes también representa un proceso de realineamiento entre las fuerzas de izquierda, así como el reciente crecimiento de la nueva izquierda a costa de la socialdemocracia. En los países con fuerzas regionalistas o nacionalistas, estas están forzando un proceso de realineamiento.

Hay una tendencia clara al incremento de la fragmentación de los sistemas de partidos, que se ha acentuado en el siglo XXI, especialmente en el último quinquenio, incluso en países con sistema electoral mayoritario como el Reino Unido. Al mismo tiempo se produce una caída en la participación electoral y un incremento de la volatilidad. Sin embargo, la polarización de las campañas electorales no se ha acentuado, y ello a pesar de que la actividad de los movimientos sociales ha ido adquirido importancia para la movilización electoral, y de que se ha quebrado la tendencia de las últimas décadas del siglo XX identificada por Mair (2011:71) de la desaparición de los tradicionales partidos antisistema (comunistas y fascistas) y de la integración de los partidos extremos como partidos de gobierno. En suma, en Europa impera el consenso del neo-welfarismo liberal

en expresión de Ferrera, que impide el desarrollo de un formato de pluralismo polarizado en los sistemas de partidos nacionales.

Si consideramos las diferencias regionales podemos destacar, en primer lugar, que en los países nórdicos la participación electoral ha ido cayendo a lo largo del siglo XX, al mismo tiempo que se ha incrementado la volatilidad electoral, pero las tornas han cambiado en el siglo XXI. Otra característica de los países nórdicos es el proceso progresivo de incremento de la fragmentación de los sistemas de partidos. El reciente incremento de la participación, la reducción acentuada de la volatilidad y el aumento de la fragmentación junto a la caída de la militancia en los partidos, significa que hay ahora en la opinión pública un mayor interés por la política, la cual opera con un voto más libre.

Los países del centro de Europa siguen las tendencias generales en cada faceta analizada, aunque con ciertas variantes. La volatilidad no crece tanto en el siglo XXI, la polarización tiene oscilaciones en los distintos periodos y la fragmentación se ha acentuado más que en otras regiones. Por lo que parece, hay un lento proceso de realienamiento de los partidos. En el sur de Europa la fragmentación es inferior a la que marca la tendencia general, baja con el cambio de siglo y aumenta en el siglo XXI con una acentuación de la polarización en la etapa actual. La participación cae de manera acentuada en el siglo XXI, de la misma manera que aumenta de forma llamativa la volatilidad en el mismo periodo. Esto parece reflejar un grado importante de desalineamiento.

Para acabar, el incremento de la fragmentación, así como de la volatilidad electoral, coloca el caso de España en la tendencia general que los países europeos vienen desarrollando desde el siglo XX. El mayor pluralismo no se basa en un crecimiento importante de la polarización, por lo que no parece que el sistema de partidos esté desinstitucionalizado, ya que los partidos tradicionales conservadores y socialistas siguen conservando el apoyo de la mitad del electorado. También refleja un realineamiento incipiente al interior de los bloques de partidos.

5.- BIBLIOGRAFIA

- Aldrich, John H. (2012): *¿Por qué los partidos políticos?. Una segunda irada*, Madrid, CIS
- Bardi, Luciano, Stefano Bartolini y Alexander Trechsel (2014): “Party adaptation and change and the crisis of democracy” en *Party Politics*, 20(2), 151–159
- Benoit, Kenneth y Michael Laver (2006): *Party Policy in Modern Democracies*, New York: Routledge.
- Beyme, Klaus von (1986): *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, Madrid, CIS.
- Biezen, Ingrid van y Thomas Poguntke (2014): “The decline of membership-based politics” en *Party Politics*, 20(2), 205–216
- Caramani, Daniele (2011): “The Europeanization of electoral politics: An analysis of converging voting distributions in 30 European party systems, 1970–2008” en *Party Politics*, 18(6), 803–823
- Carreras, Miguel, Scott Morgenstern y Yen-Pin Su (2015): “Refining the theory of partisan alignments: Evidence from Latin America” en *Party Politics*, 21(5), 671–685
- Colomer, José M. (2003): “Son los partidos los que eligen los sistemas electorales (o las leyes de Duverger cabeza abajo)” en *Revista Española de Ciencia Política*, 9, 39-63
- Crotty, William (2011): “Party transformations: The United States and Western Europe” en Richard S. Katz y William Crotty (Eds.): *Handbook of Party Politics*, SAGE, 499-514
- Duverger, Maurice (1981): *Los partidos políticos*, México, FCE.
- Ennsner, Laurenz (2012): “The homogeneity of West European party families: The radical right in comparative perspective” en *Party Politics*, 18(2), 151–171

- Ferrera, Maurizio (2014): “Ideology, Parties and Social Politics in Europe”, en *West European Politics*, 37(2), 420–438
- Franklin, Mark N. (2002): “ The Dynamics of Electoral Participation” en Lawrence LeDuc, Richard, G. Niemi y Pippa Norris (Eds.) : *Comparing Democracies 2*, Londres, SAGE, 148-168
- Gallagher, Michael, Michael Laver y Peter Mair (1995): *Representative Government in Modern Europe*, McGraw- Hill.
- Garcia-Pelayo, Manuel (1986): *El Estado de partidos*, Madrid, Alianza
- Hix, Simon (2002): “Parties at the European Level” en Paul Webb, David Farrell y Ian Holliday (Eds.): *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, 280-310
- Inglehart, Ronald (1987): “Value Change in Industrial Societies”, en *American Political Science Review*, 81(4), 289-303
- Jahn, Detlef (2010): “Conceptualizing Left and Right in comparative politics: Towards a deductive Approach” en *Party Politics*, 17(6), 745–765
- Katz, Richard y Peter Mair (2007): “La supremacía del partido en las instituciones públicas: el cambio organizativo de los partidos en las democracias contemporáneas” en Jose Ramón Montero, Richard Gunther y Juan Linz (Eds.): *Partidos políticos*, Madrid, Trotta/Fundación Alonso Martín Escudero, 101-126
- Keman, Hans (2014): “Democratic Performance of Parties and Legitimacy in Europe”, *West European Politics*, 37(2), 309–330
- Kitschelt, Herbert (2011): “Movement Parties” en Richard S. Katz y William Crotty (Eds.): *Handbook of Party Politics*, SAGE, 278-290
- Kriesi, Hanspeter (2014): “The Populist Challenge”, en *West European Politics*, 37(2), 361–378
- Lago, Ignacio y Ferran Martinez (2011): “Why new parties?” en *Party Politics*, 17(1), 3–20
- Lijphart, Arendt (2000): *Modelos de democracia*, Barcelona, Ariel,

- Lipset, Martin y Stein Rokkan (1967): *Party systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*, Free Press,
- Litton, Krystyna (2015): "Party novelty: Conceptualization and measurement of party change" en *Party Politics*, 21(5), 712–725
- Mair, Peter, Wolfgang C. Muller y Fritz Plasser (2004): *Political Parties and Electoral Change*, SAGE.
- Mair, Peter (1998): *Party System Change. Approaches and Interpretations*, Oxford: Oxford University Press.
- Mair, Peter (2011): "Party system change" en Richard S. Katz y William Crotty (Eds.): *Handbook of Party Politics*, SAGE, 63-74
- Miller, William L., y Richard G. Niemi (2002): "Voting, Choice, Conditioning, and Constraint" en Lawrence LeDuc, Richard, G. Niemi y Pippa Norris (Eds.): *Comparing Democracies 2*, Londres, SAGE, 169-189
- Montero, Jose Ramón y Richard Gunther (2007): "Introducción: los estudios sobre los partidos" en José Ramón Montero, Richard Gunther y Juan Linz (Eds.): *Partidos políticos*, Madrid, Trotta/Fundación Alonso Martín Escudero, 15-48
- Phule, Hans –Jurgen (2007): "Crisis y cambios de los partidos catch-all" en José Ramón Montero, Richard Gunther y Juan Linz (Eds.): *Partidos políticos*, Madrid, Trotta/Fundación Alonso Martín Escudero, 71-100
- Poguntke, Thomas et alt. (2016): "Party rules, party resources and the politics of parliamentary democracies: How parties organize in the 21st century" en *Party Politics*, 22 (6), 661-678
- Safran, William (2009): "The Catch-all Party Revisited" en *Party Politics*, 15 (5), 543–554
- Sánchez de Dios, Manuel (2012): "Las ideologías de los partidos" en Miguel Martínez Cuadrado y Manuel Mella: *Partidos políticos y sistemas de partidos*, Madrid, Trotta, 153-180
- Sánchez de Dios, Manuel (2012): "Las funciones de los partidos" en Miguel Martínez Cuadrado y Manuel Mella: *Partidos políticos y sistemas de partidos*, Madrid, Trotta, 81-120
- Sartori, Giovanni (2003): *Ingeniería constitucional comparada*, Madrid, Alianza

- Sartori, Giovanni (1980): *Partidos y Sistema de partidos*, Madrid, Alianza
- Sikk, Allan (2011): "Newness as a winning formula for new political parties" en *Party Politics* 18(4), 465–486
- Simon, Pablo (2017): "The Challenges of the New Spanish Multipartyism: Government Formation Failure and the 2016 General Election" en *South European Society And Politics*, Disponible en <http://dx.doi.org/10.1080/13608746.2016.1268292>
- Thomassen, Jacques y Carolien van Ham (2014): "Failing Political Representation or a Change in Kind? Models of Representation and Empirical Trends in Europe", en *West European Politics*, 37(2), 400–419
- Tsebelis, George (2006): *Jugadores con veto*. Mexico, FCE.
- Wang, Ching-Hsing (2014): "The effects of party fractionalization and party polarization on democracy" en *Party Politics*, 20(5), 687–699
- Webb, Paul (2002a): "Conclusion: Political Parties and Democratic Control in Advanced Industrial Societies" en Paul Webb, David Farrell y Ian Holliday (Eds.): *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, 438-461
- Webb, Paul (2002b): "Introduction: Political Parties in Advanced Industrial Democracies" en Paul Webb, David Farrell y Ian Holliday (Eds.): *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, 1-16
- Wolinetz, Steven B. (1991): "Party system change: the catch-all thesis revisited" en *West European Politics*, 14(1), 113-128
- Wren, Anne y Kennett M. McElwain (2007): " Voters and Parties" en C. Boix y S. C. Stokes: *The Oxford Handbook of Comparative Politics*, Oxford, OUP, 555-581